

El silencio de los angustiados

Mauricio Sepúlveda, Cristián Pérez & Alvaro Gaínza*

La pregunta por un tipo particular de juventud (urbano-popular) y su vinculación con el fenómeno de la pasta base no hace sino ponernos ante una problemática señalada por el imperio del prejuicio y el estereotipo. El reinado del estigma que sanciona y penaliza sujetos y razones, que marginaliza existencias imponiendo contrapuestas y negativas señas de identidad. Marcas dolorosas que coinciden más con las hablas y discursos oficiales que con aquellas razones y sentidos que nos informan acerca de las complejas formas de subjetivación que se desarrollan en los bordes mismos de la sociedad. Identidades polarizadas, salvajes, mutadas en devenires, en recorridos que se diseminan, como esquilas, por todo el mundo de la alteridad. Es en esos devenires (como deseos vehiculizados), y en las imágenes solidificadas de identidades asignadas, que los jóvenes urbano-populares –y particularmente aquellos señalados por el signo satanizado "de la bestia pasta"– tienden a vivirse como arritmia social.

La pregunta por los jóvenes y por la droga es también la pregunta por la sociedad (Tironi 1990). Pero ello encierra la pregunta por el tipo de juventud y su particularidad identitaria, así como también la pregunta por el tipo de "droga" y los elementos que componen el contexto de su consumo. Tal especificidad nos remite de lleno a un particular mundo de la vida (Schutz 1973:25) azaroso y accidentado. En él circulan los estallidos de la "angustia" que inaugura un nuevo horror de la "exclusión social", ayer mera "marginalidad".

"Consumo, luego existo" comporta el nuevo enemigo público que imprime su sello en la juventud urbano-popular. Un enrarecido ejército de desechos irrumpe como área-problema para la "integración". Ayer "jóvenes-protesta", hoy "delincuencia y drogadicción". Figuran como nueva peligrosidad para la "Seguridad Ciudadana" y el "Orden Público".

Proceso paradójico. Identidades que no son y que (tal vez) nunca serán. Meros recorridos barriales, esquinas fugaces y feroces, alegorías de humos y tapas de

* Mauricio Sepúlveda es psicólogo; Cristián Pérez y Alvaro Gaínza son sociólogos.

cerveza, merodeos callejeros de los hijos del rigor en búsquedas compulsivas y perentorias, curtidos por el despido de la realidad que los sobrevivió, como caza-recolección de los barrios desahuciados, donde –desalmados o no– se abren paso desde dentro de una realidad tal vez sin fondo.

Ser pastero también implica asumirse como identidad del margen. Como identidad social determinada por la referencia del otro (que nos define). Desde el control social –que quiere ser micropoder, estar en todo y más allá del todo (casi metapoder)–, el institucionalizado y mediático discurso sobre la droga constriñe sujetos, impone contextos de significados que, como camisas de fuerza, determinan los contenidos más fuertes de la identidad pastera como identidad marginal. Desde estos campos de significado, el pastero es obligado a leerse desde el discurso oficial sobre la "angustia". Se ve acotado a definir su situación existencial (su propio *self*) desde el lado oscuro de la luna (vida), asumiendo estereotipos y estigmas ya institucionalizados, pero, y eso es lo brutal, a vivirse y a identificarse (como sujeto) desde aquéllos.

La redención del pastero sólo puede darse en el dogma que lo sanciona y excomulga. Sólo puede escapar a su demonización como mal social siendo exorcizado (rehabilitado) y devuelto (integrado) a la sociedad. Juego perverso del control social, en el que la experiencia radical del consumo de PBC (impuesta y territorializada por el mercado informal de la droga) va desintegrando sujetos y comunidades locales, desarrollando, en ese proceso, identidades excluidas que son obligadas a reelaborar sus propios *self* desde la clandestinidad de la pauta de consumo (traducida en culpa, miedo y angustia). El pastero vive su propia identidad juvenil desde aquel 'lugar-basurero' que le es construido y asignado como receptáculo de los desechos.

Desde la vorágine accidental del mundo juvenil popular, el pastabasero vivencia su exclusión asociado a una (sacrosanta) trinidad condenatoria en la que ser joven, popular y pastero, determina una sospecha permanente y penalizadora. Se es, al mismo tiempo, potencialmente 'desacreditable' (riesgo de caída) y comprobadamente 'desacreditado' (cabro caído al vicio). Sospecha que sospecha de ellos, de sus caídas y recaídas. Sospecha que margina y excluye desde los padres y la familia ("ándate de la casa") hasta los amigos ("no estoy ni ahí contigo, loco"). Sospecha del núcleo básico, pero también sospecha del control social y territorial que

penetra la calle y la casa y "detiene por sospecha" (todos pa' arriba de la yuta) cargando (con pasta) al descargado.

Sin embargo, esta referencia a la identidad (constreñida) no emerge solamente de las dinámicas de asignación, tampoco de las adscripciones. No emerge, en definitiva, desde una realidad que postula estructurarse, fundamentalmente, desde el orden del decir. En otros términos, desde un lenguaje encarnación de razones que margina lo no decible como irracional. En rigor, el sujeto no se agota en su pura verbalidad ni ésta es capaz, mucho menos, de cubrir (significándolos) todos los poros por donde fluye el emocionar. El actor (pastero) suele ser siempre más que lo que dice y, obviamente, más que lo que se dice de él. Su capacidad de vivenciar la realidad no se agota en el proceso de significarla, dándole sentido y razón en el lenguaje. Su capacidad de vivenciarse desde el extremo del consumo también tiene que ver con su mundo subjetivo, íntimo, al cual sólo él tiene un acceso privilegiado. Mundo privado, pleno de intensidades, pero también pletórico de procesiones que marchan por dentro, por lo profundo, desbordando la subjetividad desde sentimientos no expresables ni racionalizables tan fácilmente. En definitiva, por espacios no discursivos, que se manifiestan mínimamente al nivel del gesto, la mueca, casi el rigor mortis.

La identidad pastera remite, entonces, a un proceso inacabado de viajes sin meta y de naufragios sucesivos, de hablas que se dicen (estructuran) desde discursos prestados, de vorágines de sucesos históricos dominados por el tiempo corto. Tiempo fragmentario, audiovisual (televisivo), modernamente virtual y mercantil, que impide conocer (todavía) si esos espacios del silencio –radicados en los rictus del pasteo– producirán hablas que dirán algo de sí mismas. Sin embargo, ese devenir alterno, que particulariza la identidad marginal –como un intento de fuga–, no puede ser capturado tan fácilmente por alguno de los discursos sobre la droga, porque las claves de acceso contienen códigos cognitivos que sólo pueden ser abiertos desde dentro, desde sus circunstancias. ¿Quién se atreve?

En su inicio, nuestra investigación pretendía conocer los significados sociales (subjetivos) y vivencias que surgían del consumo de PBC en jóvenes urbano-populares. Quisimos conocer si existe o no un "discurso propio" o un "discurso desde la pasta base" que porte un contenido y un imaginario distinto al sustentado por el discurso más institucional, oficial. Para tal propósito, nos apoyamos en la distinción ibañezca de "discurso sobre la droga" y "discurso

desde la droga" (Ibáñez 1993). Partimos de la pregunta por el discurso propio de los pastabaseros, con el supuesto (hipotético) de que tal identidad debía tener cierto "sentido común", cierto "punto de vista", que hablara desde sí mismo, desde un entramado intersubjetivo y experiencial cargado de quién sabe qué simbologías y significaciones puestas en el terreno local-cotidiano de las relaciones sociales. También quisimos indagar en la experiencia del consumo, desde donde se nos revela una "arquitectura de la angustia" y una "cartografía del pastero". Interrogados por la realidad más que interrogadores de la misma, nuestro esfuerzo fue un proceso de aproximación (sucesiva e inconclusa) a identidades del margen, a través de un proceso de conocimiento accidentado y exigente. Sólo desde dentro de esa realidad no exenta de emociones pudimos recién elaborar preguntas pertinentes que permitirían explorar, si no la totalidad, al menos una parte importante de la experiencia del consumo del mundo pastabasero.

No obstante, la dificultad cruzó la investigación de inicio a fin, al insertarnos en una realidad cuya característica es el accidente en un azar insólito y fracturante.

La accidentalidad del mundo pastabasero no es exclusiva de él, pero éste incorpora elementos adicionales al mundo juvenil y popular que lo tornan más hostil y escurridizo. La accidentalidad cruza el tiempo de los pastabaseros. Si ya su mundo (exacerbación de la pobreza, marginalidad y exclusiones) es la prueba de la sobrevivencia, el tiempo no puede ser el mismo que el de un mundo distinto. Su temporalidad no coincide con la nuestra. Tienen otro tiempo. No existe agenda allí donde la planificación no tiene asidero. No existen horarios ni fechas donde impera el accidente. Fracturan la linealidad, el cálculo y la medida. Porque en su mundo ellos son movimiento fugaz y de estampida, de sobrevivencia a la "cana" y a la "repre".

Pero no sólo la accidentalidad es una característica en sus vidas. También en sus hablas –emergentes, prestadas o encubiertas– habita (sin dificultad) la contradicción activa. Se posicionan elementos contradictorios que coexisten al interior del mismo imaginario, por cuanto la contradicción se precipita al constreñir la experiencia al lenguaje, al formalizarla y semantizarla. Hablan desde la contradicción, afirmando contenidos que encuentran confrontación con otros. Esta contradicción es un rasgo que tiene contexto. La práctica del consumo de pasta base la activa. Por eso, explodian el rigor analítico de la "ciencia",

relativizando a partir del detalle. Lo cierto es que su habla ambigua o confusa, coherente o contradictoria, identifica un "habla provisoria" en proceso de construcción y que es "provocada" por la investigación misma y sus fines metodológicos.

EL CIRCUITO DEL PASTEO

Hemos denominado circuito del pasteo a la constelación por donde el "pastero" transita, tanto a nivel pragmático como semántico. Dicho de otro modo, el circuito será el espacio real, imaginario y simbólico desde donde los sujetos se sostienen, se inscriben y se nos presentan ante nuestra mirada y escucha. Estará conformado por nódulos o anudaciones que operan como representaciones sociales, dando forma y sentido al consumo de PBC. Estas anudaciones semánticas, halladas en los relatos de los sujetos, operan consensualmente en todos los testimonios obtenidos en nuestra investigación, y conformarán lo que hemos denominado "el discurso común de la pasta", trazando la figura del mundo vivencial del pasteo. De esta manera, este circuito moldea una representación social del "pastero", configurándose una imagen cultural del "angustiado", imagen que a nuestro juicio encierra en sí misma ciertos derroteros o lugares de tránsito por donde caminar. Dicho de otra manera, existe en la imagen de la pasta una condensación pre-escrita, que prescribe y proscribire, tanto conductual como afectiva y cognitivamente. Dentro de este circuito, identificamos dos componentes básicos: la dimensión cartográfica y la dimensión arquitectónica.

La dimensión cartográfica

Denominamos cartografía del pasteo a la ruta diacrónica, histórica, del consumo que se hilvana en una "sucesión lógica de los acontecimientos". Esta dimensión es descrita de manera anecdotaria por los sujetos, y básicamente se configura en un espacio de tensión entre los comportamientos de los consumidores y las pautas de orden social. Cartografía que sintetiza las rutas por las cuales transitan los "pasteros". Tránsito accidentado, poblado de peripecias y situaciones límites. Zona comportamental que bordea la desintegración social. Por otra parte, este tránsito se despliega en una topografía laberíntica, donde el pastero "merodea" su entorno tratando de proveerse el objeto de consumo. Construcción de un tránsito sin salida, promesa de un devenir que se anida en el corazón del consumo. Esta zona y su imagen laberíntica irá reforzándose por un complejo dispositivo de mensajes que conforman un prisma, un filtro, que ocupará el lugar de soporte reflexivo para la mirada y la lectura de sí mismo. Respuesta social, construcción discursiva que sobredramatiza la situación de consumo y consumidor, condensando en la imagen de "pasta" un plus de signos caracterizado por la impotencia y, en su extremo, la muerte y el suicidio.

No sé si has visto las noticias... un micrero, que también era conocido de nosotros, tenía familia, manejaba micro y toda la plata se la fumaba y tenía familia y empezó a sacar las cosas de la casa y después no trabajaba. Un día se puso a pensar, a caldear, a caldear y se mató, se ahorcó. (D.)

Se puede observar en este fragmento de relato, la sucesión de hechos y acontecimientos que comportan el ser "pastero". Se comienza, en la mayoría de los casos, por sacar pequeñas cosas del hogar para ser vendidas, luego se operacionaliza la reducción de ellas, luego son sorprendidos o descubiertos, se les expulsa de la casa, deambulan por "el macheteo". Otros –dependiendo de las edades–, desertan del sistema escolar o laboral. Se convierten en "domésticos" (roban o hurtan objetos pequeños en el mismo sector donde viven), solicitan préstamos sin responsabilización, realizan la venta de su ropa (despojo), penetrando en el orden de lo delictual.

Frente a estas conductas, los "pasteros" encuentran diferentes respuestas provenientes del entorno social, que irán desde la marginación absoluta a la apertura de espacios comprensivos que les permitan una reincorporación al circuito de lo "normal". Por último, esta cartografía contiene en su interior dos operaciones centrales. Por una parte, opera como una profecía autocumplida de lo que sucederá, por donde transitar, consecuentemente, como pastero, al ingresar al mundo de la "pasta". Y, por otra, opera el sentido común estigmatizador de la droga y de quien la consume. Estigmatización que se acrecienta en la medida en que la situación de consumo puede ser caracterizada como "irracional", en tanto los "cabros pasteros" son incapaces de generar argumentaciones acerca de sus actos o del sentido de éstos.

La dimensión arquitectónica

Esta dimensión se caracteriza por tener un estatuto básicamente subjetivo. Se presenta de manera sincrónica en referencia directa a lo experiencial, incorporándose los planos sensoriales y afectivos-emocionales. Esta arquitectura se configura en un espacio virtual, poblada de momentos, tiempos subjetivos que desgarran y agarran los momentos provisorios de identificación o intentos de construcción identitarios. Arquitectura fantasmática por donde el "pastero" atraviesa en su peregrinar.

Desde otra perspectiva, constituye un soporte, un diseño que configura un "estilo introspectivo". Puede pensarse que no sólo el cuerpo es objeto de disciplinamiento político, histórico y cultural, sino que también este recurso arquitectónico representa un modo introspectivo, instaurando un cierto hábito jalonado desde la culpa y el silencio.

De primera te estimula, la primera, ya después quedas pato y querís seguir fumando... y empezai a... después que cometís los errores que cometís, uno empieza a caldear, a meditar todo lo que ha hecho y uno se angustia y se deprime, hasta el punto que uno quiere terminar con la vida de uno porque uno está haciéndole el daño a la gente que uno quiere. (D.)

Por otra parte, dentro de la arquitectura de la angustia reconocemos algunos puntos significativos, que permiten aproximarse a cómo se vive subjetivamente el "efecto angustia". Algunos de estos son:

- Escenificación de la angustia

Hemos denominado escenificación de la angustia al proceso mediante el cual los sujetos intentan poner en discurso su experiencia de angustia. Experiencia escenificada a través de la aparición de "imagos" y "fantasmas", significativos y necesarios para la construcción de su relato, en cuanto les permiten objetivarse, más bien, mirarse desde un afuera, en su representación de angustiado. Estos "fantasmas", más allá de ser figuras retóricas, tendrían un valor fenomenológico-comprensivo, pues dan cuenta de un despliegue del deseo en el registro imaginario. En la escenificación aparece el "otro", desde el cual se articulará la mirada. El angustiado se localiza en el centro de la escena, será el protagonista de esta performance. La mirada restituye el deseo al propio sujeto. Este "otro", fragmentado, pues se presenta como mirada, como voz, es inscrito en un paisaje de persecución.

Te perseguís es, como que... no me puedo explicar... te, como se llama... te sentís perseguido, como si te estuvieran mirando... como estar escondido... alguien que te está apuntando con el dedo...

Es importante señalar que esta operación de "persecución" se moviliza entre la dimensión real e imaginaria (en la acepción común de los términos). Real en cuanto la situación de consumo es un acto potencialmente punible, objeto de castigo y sancionado tanto moral como social y legalmente. Por tanto, el consumo está ubicado en la transgresión de la ley. Este estar "perseguido", se transformará en miedo, en cuanto el consumidor localice su temor en un lugar externo. Su respuesta psicofísica está acompañada de un correlato de activación o de alerta. Los sujetos denominan a este estado estar "duro" o "saltón". Es decir la "angustia pura" se transforma en una respuesta de miedo. Los productores de este estado son los denominados "pesca" o "botones", en referencia directa a la labor policial. Pero este mecanismo persecutor no sólo se soporta en referencia directa al exterior, sino que también es gatillado por procesos ideacionales e imaginarios, que

corresponden a la introyección de lo sancionable, convirtiéndose en un acto que merece la autopunición. En este nivel, la fantasía se despliega evocando agentes significativos para los sujetos, lo que generalmente se monta sobre imágenes parentales. Figuras portadoras de gran peso simbólico, ya que en un plano fáctico se caracterizan por la ausencia y el abandono.

Lo común de estos dos procesos es que la angustia es desmontada de su estado puro, como una experiencia desintegradora del *self*, para reaparecer como una experiencia sostenida por una unidad, ya que, en ambos casos, gatilla una respuesta de un "yo-unidad". Expresado de otra manera, en la escena al menos alguien juega a ser perseguido. Sin embargo, una diferencia significativa entre estos procesos (interno-externo) será la producción de culpabilización. Esta última forma de persecución es menos movilizadora, fijando al sujeto en un estar permanente de "rumia", lo que es significado por los sujetos como "el caldeo".

Creemos necesario explorar más en el sentido, o más bien el lugar, que juega en la estructuración del sujeto esta repetición permanente del ser perseguido. Pues en el imaginario de estos jóvenes existe una búsqueda (no resuelta) de reactualizar sus vínculos parentales en este despliegue escénico. De allí la importancia de circulación de la palabra, en la medida en que a través de ella se incorpora el registro simbólico a una experiencia básicamente estructurada en lo real e imaginario (en el sentido analítico de los términos). En la escenificación de la angustia logramos diferenciar diversos tipos de ella, los que intentaremos describir a continuación.

Angustia culpógena. Este tipo de angustia se caracteriza por manifestar un fuerte sentimiento de culpa que se produce (generalmente) ante la conciencia de las consecuencias sociales que dejan en el entorno social más directo (familia, parientes, amigos) los actos (disociadores) en que incurren los pasteros durante el proceso más álgido del enganche. Se trata de un tipo de angustia conscientemente evaluativa de las consecuencias morales, que señala o marca un punto de degradación de los patrones culturales aceptados por el individuo y desde los cuales se ejerce también su punibilización.

Angustia depresiva. Este tipo de angustia se presenta como momento posterior al inicial de la angustia culpógena, y representa una agudización del cuadro depresivo

en que va cayendo el pastero a partir del cierre de las posibilidades de manejo de las relaciones sociales y afectivas. Es decir, aquí el consumidor tiene la impresión de la pérdida de los soportes básicos. Es la disolución de los vínculos de pertenencia.

Angustia persecutoria. Este tipo de angustia se caracteriza por su presencia en la denominada "escenificación" o en lo que también hemos señalado como "efecto angustia". Los sujetos señalan un estado de "dureza", que se relaciona con los patrones de respuestas psicofísicas del consumo, pero que, sin duda, no se agotan allí. Los sujetos suspenden lo que podría entenderse como "el aquí y ahora", expansivo, para situarse en los márgenes y en el centro de una persecución interna y externa. Se caracteriza, además, por ser reportada como una situación no placentera, pues más allá de los patrones físicos corporales (taquicardia, sudoración, cambios bruscos de la sensación térmica, sequedad bucal, etc.) subjetivamente se le asigna un valor negativo.

Angustia instrumental. Se caracteriza por la pregunta recurrente de ¿cómo la consigo? Por otra parte, esta pregunta se formula en un espacio social caracterizado por la carencia. De este modo, los sujetos, al verse desprovistos de medios que permitan la compra u obtención del PBC, ingresan a un circuito (idea de cartografía) que los presiona y los aflige. Por otro lado, y según lo que se desprende de los relatos de los consumidores, los efectos del PBC son de corta duración. Por tanto, el consumidor "enganchado" entregará su flujo imaginario casi exclusivamente a la elaboración de estrategias de consecución, dejando de lado, progresivamente, otras ideaciones que le provocaban placer o que socialmente eran más instrumentales y adaptativos.

Angustia por despojo. Este tipo de angustia debe ser entendida como resultante de un conjunto de acciones previas relacionadas con la venta de las propias pertenencias, con la única finalidad (al menos real) de proveerse las dosis de "pasta". Sin embargo, hemos denominado esta acción de venta como despojo, por los alcances metafóricos y simbólicos que de ella se desprenden. El sujeto no sólo enfrenta el hecho de vender su ropa, sino que además se encuentra luego en una situación de abandono, desprotegido de sus propios ropajes, expuesto a la

soledad y al frío. Es como si existiera un despojo de su "ser un yo". Despojarse de sus pertenencias, de su propio cuerpo, de su propia seguridad. Acción realizada progresivamente hasta "perderlo todo", porque no sólo se despojan de elementos materiales, sino también de sus relaciones significativas.

Angustia anticipatoria. Este tipo de angustia se caracteriza por responder a una pregunta repetitiva y recurrente, tanto de sí mismo y para sí mismo, como de los otros hacia otros: ¿cuánto me queda? Esta angustia está dominada por la ansiedad anticipatoria que se da operativamente ante la eventualidad del término de la sustancia. Esta situación angustiante determina que las pautas de consumo de PBC se hayan modificado en comparación con el de otras sustancias, yendo de lo grupal a lo individual, pues el solo hecho de involucrar a otra persona en el consumo inmediato significa una amenaza de término prematuro de la sustancia. Los sujetos han descrito esta situación de tensión y silencio en el momento de consumo pues, dicho por los sujetos, lo único que se estaría pensando o deseando es "se va acabar" o "que la suelte luego", respectivamente. La angustia anticipatoria también significaría un cierto grado de tensión con el placer expansivo. Más bien funciona como un carril forzado por donde transita la energía libinidal.

Angustia represiva. Esta angustia es vivenciada por el sujeto en la situación misma de control. Está tensionada por la circulación "normalizada" de sustancia y de sujetos en situación de consumo en el sector que los propios sujetos habitan. Es la irrupción del "no debo, pero deseo"; es la situación de tentación, metafóricamente hablando. Pero más aún, es lo angustiante que significa para un sujeto consumidor "enganchado" el proceso de redefinición o reestructuración de sus redes sociales. Angustia que surge cuando los intereses y las prescripciones-proscripciones se articulan en un espacio diversificado, donde el traslape y la demanda de diversos grupos se configura en un campo que tensiona, obligando al consumidor a optar entre lo bueno y lo malo, lo sano o lo enfermizo, nosotros o ellos, etc. Dicotomías que reducen una realidad de mayor riqueza y complejidad.

Por último se importante señalar que estas situaciones o "tipos" de angustia se presentan operando en sujetos que hemos definido en situación de enganche.

Por su parte, el enganche aparece como una suerte de fijación o anclaje del deseo, en cuanto el objeto-pasta sólo aparece en la superficie del deseo. Esta rigidez, fijación del dinamismo, alude a lo que se ha denominado el mecanismo de "fetichización" del objeto o de la sustancia "pasta", lo que clínicamente se ha descrito como comportamiento obsesivo-compulsivo, pues el enganche incluye a la totalidad del individuo en la situación de enganchado.

LA NOCION DE CUERPO

Durante el despliegue de su relato, el joven "pastero" deja entrever, en el interior de su tramado discursivo, algunas zonas que aluden o remiten a una formación representacional de su propio cuerpo. Un cuerpo que será el terreno donde se inscribe y escribe lo gozoso y placentero del acto o acción de "fumar pasta". Territorio que se complejizará en la medida en que se ofrece como escenario para la operación de desplazamientos y condensaciones del habla signada por el deseo.

Se estimula el cuerpo, se ponen más... los ojos, se ponen activos los ojos, todo...
(Chico M.)

Texto desmembrado, sintaxis esquiva, correspondiente a la representación del propio cuerpo del hablante. Aquí la unidad estalla, se dispersa, se fuga hacia otro continente. El cuerpo del pastero es un territorio ofertado, ofrecido para un "otro". Instalación de la otredad social, cultural y tecnológica que penetra el cuerpo del hablante. Sacrificio del que habla bajo la posible promesa. Es una noción de cuerpo alienada, extraviada, pero, a su vez, altamente burocratizada en su posibilidad de retorno. Pues vuelve como resultado, producto de corpus de saberes que doblemente parcializan al supuesto sujeto.

Por otra parte, está el cuerpo como superficie por donde el "otro" (metáfora del propio deseo) se desplaza o como cavidad donde la bestia anida:

Es como que tenís un aire adentro, es una huevá loca, cachai, como que son aires, así por ejemplo cuando te tirai peos, pero no son peos tampoco, sentís una huevá loca, así como que te le coloca no más y esa parte es la que te pide el vicio, porque esa es una masa que tú vai creando en el estómago. (Chico M.)

Operación de represión del deseo, deseo en tanto pecaminoso que se expulsa al territorio o zona "erógena", es decir, el cuerpo. Metáfora o representación demoníaca. Dominio externo. Juego en que el sujeto se ofrece en un movimiento de encubrimiento, pues reconoce (en parte) la potencia de un deseo aun cuando no le pertenezca. Cuerpo perdido extraviado en su ida y retorno. Cuerpo signado por la culpa y la vergüenza, cuerpo que expulsa y excomulga la aceptación del deseo. Cuerpo tráfuga del goce.

ELEMENTOS PLACENTEROS (O GOZOSOS) DEL CONSUMO

Al abrir los textos, al escuchar el relato en acción de cacería donde la presa se llama punto de placer, encontramos sólo siluetas, rastros, vestigios de una economía de los placeres. La respuesta se minimaliza, se petrifica en rictus o gesto. Se calla. Sólo se articula ligándose a la idea de promesa y fuga. Pues en la acción de consumo está contenida una promesa más allá de la instalación de los dispositivos de circuito, promesa vinculada al deseo. Promesa vinculada al Otro. Promesa que se rearma en la medida en que no se cumple, que sólo transita por un territorio marcado por la fugacidad, lo efímero o momentáneo, lo evanescente, "como el humo" que ingresa al interior del cuerpo.

¿Sabís cuándo es el placer? Cuando estai fumándola, cuando estai aspirando el humo, ése es el placer que tú sentís, ese momento cortito. (Chico D.)

Sin embargo, estrictamente hablando, el placer supone un sujeto o, a lo menos, un yo de experiencia, es decir, una totalidad o una unidad que identifica y pone en circulación la experiencia placentera. El placer puede ser rastreado bajo una lógica. Dispone de una economía:

Texto de placer: el que contenta, colma, da euforia; proviene de la cultura, no rompe con ella y está ligado a una práctica confortable de la lectura.

Texto de goce: el que pone en estado de pérdida, desacomoda (tal vez incluso hasta una forma de aburrimiento), hace vacilar los fundamentos históricos, culturales, psicológicos del lector, la consistencia de sus valores, de sus recuerdos, pone en crisis su relación con el lenguaje. (Barthes 1993:22)

Lo que aquí estaría operando está más bien ligado al goce, en cuanto existe una parcialidad, en cuanto se nos resbala, se nos escabulle. El goce se tensiona con la economía de los placeres. El goce se liga a lo desperdiciable, a lo sobrante, uniéndose a la "promesa" en la caída.

Goce evanescente representado en el momento de fumar, en ese humo que ingresa al interior, ese olor. Dispositivo que inscribe la promesa de lo inalcanzable, dado por su naturaleza fugaz. Luego, la repetición compulsiva que busca continuamente la "satisfacción" allí donde quizás nunca hubo. El goce está en el lugar de lo indecible. Transita como pulsión:

La pulsión escapa al orden vital, lo desordena introduciendo en él al símbolo que ha tomado del "otro", cierra el camino a la satisfacción, consagra la incompletion, engendra a la realidad y a la cultura que la engendra a ella, se engaña a través del yo en el amoroso abrazo de objetos imaginarios, se arriesga en la lucha a muerte de puro prestigio, y todo eso para retornar conservadoramente a la quietud. (Braunstein 1983:16)

EL SILENCIO DE LOS ANGUSTIADOS

La pregunta por la "angustia" es la pregunta por el habla que de ella surge. A medida que la investigación avanzaba, el habla de los pastabaseros —referida a su experiencia de consumo— más bien marcaba una zona silenciosa de difícil acceso. Efectivamente, bajo la condición de "enganchados", los pastabaseros acentuaron más la dimensión pulsional que discursiva. Al anclarse los sujetos en el objeto de consumo, predominan las acciones orientadas a aquél, suplantando lo discursivo por los componentes más prácticos e instrumentales que constriñen a los individuos. La angustia en sí misma no habla, es más bien silenciosa pero compulsiva ("el cuerpo la pide"). Penetra el cuerpo y la biografía, sacando a los sujetos de los espacios sociales más integrados para recluirllos en espacios mínimos donde

predomina el silencio. Espacios mínimos donde el acceso al lenguaje es brutalmente difícil.

Sin embargo, pensamos que este silencio es más histórico que biológico. La "pasta" no naturaliza al individuo en la zona muda, en tanto no se vive "por primera vez" en ella. No existe como experiencia "natural", en tanto no se vive en "naturaleza pura", sino en y desde la cultura. Es la cultura la que mediatiza la experiencia y significación de la pasta base.

Es esta "carga", impronta, de la cultura e institucionalidad la que constriñe al pastabasero a vivirse más desde el silencio que desde un habla propia, en tanto la cultura, la sociedad (y sus instituciones de poder y control) obstruyen o arrebatan la posibilidad de generar un habla propia pastabasera. No obstante, no es sólo la sociedad en general, sino también su entorno local más directo, lo que constituye un espacio social y simbólico hostil a ese consumo. En la localidad del pastabasero se disputa cierta legitimidad del consumo en un medio donde otras identidades populares también lo sancionan y lo marginan. Un medio social penetrado también por la amenaza policial y carcelaria.

En tal contexto, la penalización pena. La sanción moral aísla. Mejor no hablar de lo que es mejor no hablar. En un espacio social, urbano y popular, que también está marcado por la historia, los pastabaseros figuran como identidades al margen extraviadas en el limbo de la "drogadicción". Totalmente disímiles a sectores con conciencia crítica que en los ochenta desplegaron comportamientos colectivos contestatarios a condiciones de vida espantosas.

Lo que surge, entonces, es un habla restringida en un contexto que la restringe. Y allí su habla contiene la tensión-contradicción de las resignificaciones propias (a partir de su experiencia de consumo particular), que se recubren con el discurso institucional sobre la pasta base que se ha instalado. Esta zona más silenciosa que discursiva surge de componentes más vivenciales que semánticos, en una realidad donde el alfabeto es la sobrevivencia coaccionada por la escasez y la necesidad. La realidad popular, marginal y, más aún, pastabasera, despliega más el dominio de las acciones que el dominio de las intelecciones verbalizadas. Su especialidad está más en la práctica que en las conceptualizaciones.

Pero esta práctica pastabasera también constituye una práctica de corta duración histórica, debido a la penetración aún reciente del consumo pastabasero en estos sectores (menos de una década). Así, la temporalidad de ese consumo podría también

incidir en la restricción del habla, en su silencio. Tal vez, bajo una temporalidad mayor ese habla presentaría contenidos menos cubiertos.

Ahora bien, los factores que inciden en el habla restringida de los pastabaseros que hemos descrito son más bien "externos" (sociológicos, psicosociológicos, o como queramos llamarlos), aunque tal distinción externo-interno no tiene escisión en la vida cotidiana y en las relaciones intersubjetivas. No obstante, con el propósito de distinguir en el análisis los factores presentes en el habla pastabasera, identificamos ciertos factores de carácter más "interno" que provienen del efecto que la pasta base provoca en la economía psíquica del individuo. Nos referimos al dominio de la acción del consumidor que enfatiza un comportamiento de tipo instrumental activado para obtener más PBC ("angustia instrumental y anticipatoria") y que ancla la ideación a aspectos directos del objeto de consumo (calidad, precio, cantidad, etc.) o a aspectos relacionados con su dificultad o facilidad de acceso (sorpresas represivas, ofertas oportunas, etc.). De esta manera, el hincapié permanece en el dominio operativo del objeto de consumo y en su acceso instrumental para consumirlo.

Simultáneamente, este acento operativo-instrumental suspende o bien suplanta el flujo lúdico-imaginario de la conciencia que se activa con otros consumos, como el de la yerba marihuana. El juego imaginario y lúdico que despliega esta planta (consumo no sólo de sectores exclusivamente populares, sino también de otras extracciones y de diferentes culturas) no se activa con el efecto de la pasta base, en tanto el "chiste", la "gracia", la "fantasía" y la "emocionalidad" (que también puede ser cognitiva) no tienen sustento o son de escasa presencia. Estos factores que hemos ido considerando no son excluyentes ni están separados. Por el contrario, son simultáneos e interdependientes, pero, para efectos de análisis, los hemos tratado de diferenciar de la siguiente manera:

Factores internos:

- Suspensión del flujo lúdico-imaginario.
- Estado de atención operativo-instrumental

Factores externos:

- Amenaza represiva y carcelaria (aplicación de la ley).
- Sanción social y moral (reprobaciones ético-normativas).
- Carga simbólica institucional (especializaciones científico-tecnológicas).

- Marginalidad y exclusión social.
- Práctica de corta duración (baja historia que hable desde sí).
- Predominio de la acción por sobre la conceptualización.

Estos "factores" explican en parte las causas del "habla restringida", de este silencio pastabasero que opera como represión discursiva. Pero tal represión del habla supone la represión de "algo ¿propio?" que se ha construido en el sentido común pastabasero.

EL HABLA PASTABASERA

Constatamos que el habla restringida de los consumidores de pasta base ("enganchados", es decir, que no pueden dejar de consumirla) tiende a coincidir y recubrirse con el "discurso sobre" (institucional), lo cual aún permanece cubierto por los factores anteriormente descritos. Sin embargo, los elementos condenatorios hacia la pasta base que los propios consumidores suelen señalar se activan por una situación límite: la experiencia avasalladora de "tocar fondo". Esta experiencia refiere a la vivencia de la crisis y desintegración del consumidor que, al revertirse en el consumo creciente y en la acción instrumental para adquirir PBC –sin importarle el costo ni los medios para lograr su fin (robar en el hogar, "colgar" en la calle, despojarse de todo lo posible de vender para así poder comprar)– entra en el circuito de la culpa, el arrepentimiento y la autodestrucción. Hemos observado que esta experiencia límite de "tocar fondo" (que contornea la muerte) se autosignifica desde el discurso institucional y moral sobre la pasta base. Los elementos condenatorios de la pasta y su consumo se extraen desde ese discurso institucional. Así, bajo el contexto directo de esa crisis, el habla-*desde-la-pasta-base* porta el discurso-*sobre-la-pasta-base*, recubriéndose con él, pero ya no para mimetizarse ante el medio social, sino como resignificación a partir de la experiencia límite.

Esta experiencia límite en torno al "despojo" y la "culpa" (que como una fuerza entrópica –caotizante– impulsa vertiginosamente por los bordes del suicidio) se subordina a un discurso institucional y moral que invalida, condena y despoja de autoafirmación la práctica del consumo. El individuo se sitúa en una condición

de demanda de "ayuda" para salir de la "droga" (y no para "salir de la pobreza"). Para el enganchado en situación crítica, la pasta personifica un "mal", un "otro", que invade y se apropia del cuerpo. El "yo" se representa despojado de responsabilidad, al quedar subordinado a los arbitrios de ese "otro". El sujeto reclama la atención de la medicina, de la institucionalidad. Pone su cuerpo y su psiquismo a disposición de ésta. Así, este extremo del enganche pastabasero informa de la acción sin control racional del sujeto, revelando más un aspecto compulsivo que deliberado, sacando el consumo del orden de la razón. Tal situación escapa al orden vital, lo desordena introduciendo en él el símbolo nuevo reemplazante: el amparo en el discurso institucional sobre la droga (la pasta base en particular).

Si bien en el discurso institucional sobre la droga predomina o se ha exaltado la dimensión compulsiva como figura de un torrente continuo y aumentativo que trasciende los dominios del "yo" y sus acentos de autoconservación (lo que aproxima a la experiencia de la muerte), en la práctica del consumo pastabasero hemos observado un componente de control que refuta la visión exclusivamente compulsiva de la pasta base.

Nos referimos a un proceso de *autorregulación* en el consumo de la pasta base por medio de la cual los "enganchados" logran cierto control sobre la misma. En este sentido, también aparece en el sentido común pastabasero y su acervo experiencial de consumo no sólo la posibilidad de "caer y tocar fondo" (que es una posibilidad, pero ya no una ley del destino inevitable), sino también la posibilidad de administrar reguladamente el consumo. En el habla propia de los pastabaseros (sin situación crítica), la posibilidad suplanta la ley del destino.

Para que exista esta autorregulación, los pastabaseros apelan a la "voluntad individual" como criterio de control y administración racionalizada. De esta forma, en el imaginario de los consumidores se dibuja la posibilidad de un modo de existencia que evita la muerte mediante un tipo de consumo regulado a partir del cual establecen sus relaciones sociales básicas.

En consecuencia, en el imaginario que surge del contexto experiencial pastabasero se dibujan claramente cuatro posibilidades que comporta el "enganche", de acuerdo a los relatos de los mismos consumidores.

Alternativas que adquiere la situación de consumo de PBC,

según jóvenes consumidores

	<i>Autorregulación</i> (*)	<i>Abandono</i>	<i>Internación</i> <i>clínica</i>	<i>Suicidio</i>
Soportar causal	Voluntad individual	-Factores externos -"tocar fondo" -voluntad individual	-Presión familiar -intoxicación -crisis	- "tocar fondo" - crisis
Finalidad	Control personal y racional del consumo	Suspender consumo	Rehabilitación	Muerte
Valoración	(+)	(+ -) (relativo)	(+ -) (relativo)	(-)

Nota: Debe considerarse que también está presente la posibilidad del presidio para los consumidores, afectando las condiciones materiales para su consumo. Pero el presidio es una amenaza constante que no sólo se gatilla por el consumo de PBC; también surge debido al borde legalidad-ilegalidad que compone la situación local de pobreza en la cual habitan estos sectores sociales.

(*) En los testimonios, algunos de los sujetos ponen el abandono del consumo de PBC como una opción real y posible, aunque pretendan con ello encubrir grados de dependencia que impidan concretarla. Así, el abandono del consumo se hace posible a partir del ejercicio y dominio de la "voluntad individual" del consumidor "autorregulado".

En este orden de ideas, la "autorregulación" supone dos opciones: la opción por el abandono del consumo, y la opción por el consumo racionalmente administrado. Ambos casos representan las dos opciones del ejercicio deliberado de la "voluntad individual" ("está en uno no perder el control"), posicionada como el recurso personal que garantice un consumo regulatorio y no destructivo.

La "voluntad individual" se exalta como la capacidad idónea para regular el consumo y ejercer el poder (administración) sobre el cuerpo. En ella descansa la garantía de hacer una vida "normal", conformando espacios integrados de convivencia familiar, laboral y recreativa. La ausencia o pérdida de la "voluntad individual" tiene una valoración baja, al patentizar una situación de consumo que amenaza la integridad física y psíquica del consumidor, perjudicando las relaciones sociales de su entorno de convivencia más íntima y de sustento laboral.

Este descontrol opera como fuerza que caotiza y devasta el social-cotidiano del pastabasero, activando el componente más compulsivo de la PBC, que subsume la administración racional provisoria.

El eje simbólico que portan los testimonios destacan así dos grandes opciones dicotómicas al interior del consumo (dicotómicas en el habla pastabasero, aunque en la práctica se tienden puentes de ingresos mutuos): autorregulación o autodestrucción. Para ellos, la primera es una posibilidad desde la cual desarrollar un modo de vida.

La contradicción se deja ver en tanto la pasta base figura también como "vicio gil", "demonio", "peste", "angustia", que se apropia del cuerpo para subordinarlo y victimizarlo. Por tanto, también es la posibilidad del "extravío" y la "desintegración" (autodestrucción). Consumo destructivo cuando no regulado.

Tal contradicción del habla pastabasera sólo señala las posibilidades que, en la práctica, ofrece este consumo. No informa de la resolución de esta contradicción pues, en las acciones y en el habla pastabaseros, predomina la disputa. Y ellos hablan desde alguna orilla de la disputa.

En resumen, frente a la posibilidad de la desintegración, el habla que predomina apela a la autorregulación como identidad de consumo que se ampara en la voluntad individual (esfuerzo personal que se disputa en la dualidad), como criterio de autoafirmación:

No es el grupo, ni menos el Estado o la Sociedad, quienes protegerán o resguardarán al consumidor del peligro de muerte, sino tan sólo el consumidor autoafirmado como individuo con voluntad propia.

CUADRO 1. Cuadro comparativo de las posibilidades "autorregulación" / "autodestrucción"

<i>Alternativas y características</i>	<i>Autorregulación</i>	<i>Autodestrucción</i>
Predominio tipo de habla	Propio	Institucional
Postura personal frente al consumo de PBC	Autoafirmación	Victimización
Sentido de la relación con el objeto PBC	Apropiación de PBC	Negación de PBC
Responsabilidad	Individual	Institucional
Representación simbólica de PBC	Angustia como (mi) "vicio gil"	Angustia como "Demonio", "peste", un "otro".

Nota: Este cuadro establece comparaciones entre los énfasis más ejemplificadores que cada alternativa contiene a modo de una tipología provisoria. Sin embargo, en la práctica del consumo de PBC existen cruzamientos y tensiones que complejizan y dialectizan el contexto de esta realidad.

La problemática de la autorregulación en el pastabasero

La autorregulación del consumo abusivo de angustia tiene una importancia real en tanto aparece como una estrategia individual, localmente aplicada, que conforma un mecanismo auxiliar de compensación en torno a consumos alternativos, y ayuda a bajar los niveles de compulsividad y ansiedad.

En ese sentido, la autorregulación se asemeja a una "estrategia", pero no en la forma de plan teleológico, sino como un despliegue de prácticas, experiencias y conocimientos orientados a potenciar la propia situación existencial ante la constante sensación de privación, angustia y desintegración. La autorregulación puede ser entendida como un proceso dinámico que relativiza, equilibrándolo, el consumo abusivo de pasta base, y hace así viable el tránsito hacia estilos más integrados de consumo y la permanencia en ellos. Este proceso denota también un sentido de integración (quizás nunca perdido por los pasteros), en tanto se intentan recomponer lazos afectivos y de interacción dañados por la experiencia extrema del enganche. El entramado de relaciones familiares y de amistad actúa, en esa dirección, como un soporte de regulación externo al propio pastero, creando, cuando

menos, una presión social que condiciona, vía represión moral y material, las formas últimas y más disociadoras del consumo. De esas historias personales y sus particulares intersecciones pueden surgir entonces, como reacciones vivenciales, formas reguladas de consumo que, en el ámbito cotidiano, van configurando poco a poco prácticas marcadas por el sello de la ocasionalidad.

La autorregulación como estrategia de control y administración del cuerpo

El proceso de autorregulación implica una vivencia interior, conflictiva, asociada a la búsqueda de un equilibrio normativo, ético, que articula un habla que usualmente tiende a leerse desde la idea del control y dominio (supuesto) sobre el objeto-substancia. Habla reactiva, defensiva, que simula y aparenta un diálogo desde el autocontrol, desde la voluntad y la dureza moral, pero también desde la experiencia que da el conocimiento de lo oculto.

Porque si la persona no tiene fuerza de voluntad mejor que no fume, porque si va a fumar y después no va a saber dominarla, mejor que no se meta. (Chico J.)

El autocontrol implica un dominio relativo sobre uno mismo, sobre la propia conciencia y sus facultades, pero, sobre todo, una voluntad que se resista a la seducción. La autorregulación, como proceso consciente, implica así una permanente reflexión, ejercitada desde la voluntad individual, sobre las consecuencias sociales y personales del consumo abusivo. Reflexión interior que intenta desarrollar una ética procedimental, buscando reglar y normativizar lo que no puede ser reglado: la cotidianeidad siempre accidental y caotizante que rige el consumo de PBC.

En otras palabras, acotar los límites de lo permitido y lo no permitido, de lo decente y de lo indecente, de lo que integra y lo que desintegra. La frontera autoimpuesta que me dice hasta dónde puedo llegar, sabiendo que el límite es ficticio, que el mismo margen del deseo es indefinible, un imposible, simplemente un arrebató. Delimitación peligrosa tras la cual el deseo y la búsqueda de goce se vuelven incontrolables, transformándose en gula de substancia. En esos trazos

existenciales, invisibles, mutantes, el pastero autorregulado va administrando (como puede) su contradictoria y habitual relación con la pasta y otras drogas (yerbas).

La administración de la ansiedad como ejercicio de la voluntad personal expresa justamente el imperativo del autocontrol, en tanto el pastero, como sujeto-objeto del poder, sigue vinculado con el objeto-goce. Es decir, en relación directa a que la angustia ha pasado ha formar parte de la propia vida del pastero. Sin embargo, la autorregulación, como habla que se habla desde un supuesto autocontrol, tiende a fundarse en una lógica de exterioridad que cosifica a la pasta, representándola como un objeto externo, ajeno, indiferente a las vivencias que se tengan de él. Se lo racionaliza a *full*, reconstruyéndolo discursivamente como un objeto de dominio de la voluntad personal. Así el pastero puede, en un gesto que ronda el simulacro, hacer como si la pasta fuera algo que él pudiera dejar o retomar a entera voluntad.

Yo fumo de repente, cuando quiero fumar, y cuando no quiero fumar, no fumo.
(Testimonio de José)

La autorregulación como administración del deseo refiere entonces a una vivencia tensionada, contradictoria, en la cual emociones internas como la culpa, la vergüenza, el deseo y las presiones del medio social, van determinando formas móviles y dinámicas de regulación de la demanda personal.

La autorregulación como proceso de normalización del consumo

Normalizar no es sino normar, reglar la costumbre y, en un sentido personalmente posible, la relación con el objeto del deseo. Por otra parte, normalizar es también cotidianizar, inscribir en los registros de la acción y el habla común el espacio propio del "pasteo". Lugar innombrable dentro del cual la práctica del "pipazo" o del "tabacazo" rondan incitando, como siempre, al desmadre.

La autorregulación se expresa al nivel de las pautas de consumo individuales como un continuo errático, más cercano a la curvatura y a la ciclicidad que a la unidireccionalidad en el comportamiento. En tal sentido, las formas que

caracterizan los consumos típicos autorregulados, y que hemos podido percibir a partir de nuestra experiencia, tienen que ver esencialmente con dos tipos de pautas:

Consumo ocasional y esporádico. Esta pauta de consumo se caracteriza por una actitud de distanciamiento y cautela respecto del objeto-poder y del medio social permeado por su uso. En ella la situación de control se basa en un retraimiento o recogimiento sobre los espacios más privados. Se evita con ello sumergirse de lleno en el ambiente local intersectado –sin compasión y en cada uno de sus recovecos– por el mercado de la pasta. Es decir, un tipo de consumo cuidadoso, temeroso ante la tentación y la recaída, pero que acepta de buena gana si se es invitado, que aprovecha la oferta de comprar "si la están dando barata y poco acomodá" y que se autojustifica, precisamente, en su práctica ocasional ("pruebo de vez en cuando no más").

Consumo habitual integrado. Esta pauta de consumo se desenvuelve al filo de la navaja. Un tipo de demanda que rutiniza el consumo a tiempos y espacios definidos, usuales, pero que es cuidadoso de proseguir hacia prácticas más conspicuas. Este tipo de práctica habla desde al autocontrol, y sin embargo siempre está bajo sospecha de recaída. Es un tipo de pauta participativa del entorno social, que no busca disociarse de él, pues está presente en la conversación de trasnoche en la esquina, en la fiesta del club de fútbol, en la salida de jarana al paseo Ahumada, en la ida al "14", en la "pega" o, incluso, en la reunión familiar de los domingos.

En resumen, hablar de normalización de la angustia en el mundo de la vida juvenil-popular implica interrogarse acerca de procesos de los cuales sabemos muy poco. Hablar, por ejemplo, del mundo cotidiano de la pasta, de su flujo histórico que, en un período de cinco o seis años, ha aportado su cuota desintegradora a la sociedad popular, modificando la red de relaciones y solidaridades básicas, transformando el entorno local, creando un registro de experiencias sobre el cual se ha desarrollado un aprendizaje (pasteril) y ha surgido todo un conocimiento (de bajo pueblo juvenil) acerca de cómo poder sobrevivir en su cercana compañía. El abandono progresivo del consumo abusivo encuentra en las múltiples formas de la autorregulación –como estrategia de sobrevivencia que despliega saberes

prácticos— un soporte existencial concreto. Soporte a veces coincidente y a veces contradictorio con las políticas de prevención y rehabilitación.

RECORRIDO REFLEXIVO (METODOLOGICO) DE UN DEVENIR SOCIAL

Como señala Deleuze, "en una sociedad todo huye", las identidades (y los pasteros) también. Señalados socialmente desde el margen, estos devenires sociales acogen lógicas de estampida y desbande. Responden, al ser preguntados, con discursos comunes, aprendidos cotidianamente ("puro cuento", sentido común pasteril), o con gestos casi inexpresivos, silenciosos ante el intento de identificarlos exclusivamente desde el dominio. La ciencia social, en tanto, sólo puede aspirar (como nosotros) a su comprensión desde la diáspora (teórico-metodológica), desde un nomadismo que persigue deseos más que objetos y sujetos.

La ciencia social de última generación, y particularmente la sociología como ciencia del autoconocimiento social, trata de acercarse al desbande del mundo participando de él. Única forma de asegurarse que las "modulaciones del control" (Deleuze 1991:19) se encarnen en el cuerpo social. Prácticas de autoconocimiento, prácticas de poder, que buscan ubicarse en los plexos e intersticios del mundo social. Desde allí, y pateando paradigmas explicativos, la comprensión de lo usual y de la diferencia no son sino formas de autocomprensión del ser (social) en su siendo. La comprensión, en tal sentido, no es una forma (vulgar) de conocimiento de mí, del otro y del mundo, sino un modo de vivir fundamental pues, heideggerianamente, la "*verstehen*" es el propio modo del ("*dasein*") "ser ahí" (que no es sino el "ser con otros"). En esa dirección, el conocimiento del universo—pasta nos refiere a una aventura en la cual nuestra participación de ese mundo de vida es cognitivamente ineludible.

A partir del discurso (del método) cualitativo, conocer siempre refiere a voces dialogantes, operantes en contextos comunicativos que tienden a opacar las relaciones de poder (pretendiendo) horizontalizándolas. Las tecnologías de intervención despliegan refinados y dramatizados encuentros (*rappports*) asegurando, en grados variables de profundidad, la estadía local de los investigadores. Sin embargo, lo cualitativo o lo interpretativo como práctica (científica y académica) contiene en su genética el virus de su propio devenir

a extremismo social. Se tienden a diluir las identidades profesionales, los sujetos devienen amigos, lo desconocido pasa a conocido, los estigmas y estereotipos caen como etiquetas dejando al descubierto trozos sangrantes de humanidad.

Conocer pastero que patea significa "cartografiar" su itinerancia (Guattari y Rolnik 1986). Dar cuenta del periplo que pasa a ser (posiblemente, tal vez) nuestro propio periplo. Allí están nuevamente presentes, como posibilidad real de ruptura con los ordenes de la verdad, la ciencia y el método, la radicalidad del enfoque interior. Extremismo rondante que desborda sus propios y vanos intentos de autolegitimarse como propuesta investigativa del control social para los descontrolados.

La práctica cartográfica (como sendero que quiere ser más que un método) del loco, del homosexual, del indígena, del vagabundo, del poblador, del drogadicto, del pastero, no remiten, esencialmente, a una reproducción descriptiva y hermenéutica de saberes generados compartidamente en un contexto básico de comunicación y mutuo entendimiento. Más bien se trata de derivar en conjunción con la deriva (del "volao"). Sólo en esas derivaciones, como trazos de identidades marginales en estampida, se pueden percibir y comprender los mismos flujos de existencia humana que se territorializan en espacios locales (donde se asienta, tomando color local, la pasta).

Desde el deber ser investigativo, que interroga a los procesos sociales, la labor del cartógrafo pastabasero se remite, entonces, a "la figura de un surfista sobre las olas de un mar libidinal" (Perlongher 1991:211). Investigar es aquí, y más que en ningún otro lugar, explorar la diferencia en la diferencia. Pero explorar implica no detener la exploración y la búsqueda creando imágenes solidificadas, identitarias, puramente documentales, pues recorrer es sobre todo crear vínculos, solidaridad y lazos sociales que pueden desarrollar emociones compartidas. El deambular crea espacios comunes de mutua legitimación, de intercambio de saberes prácticos, de erudición (doctoral) aplicada al arte de sobrevivir (en la cana, de la repre, sin monedas, a veces sin familia, en la angustia).

En tal sentido, el quehacer investigativo que busca "conocer-pastero" en su "devenir-pasteo" semeja a una carta de navegación. La construcción de una itinerancia social que tuvo punto de partida, pero que no posee mapa-guía (que señale distancia entre puntos ya establecidos), pues no tiene ni sabe de punto de llegada.

La carta se construye en tanto devenimos históricamente, en tanto intuimos y comprendemos sentidos y significados actoriales.

A fin de cuentas, el mapa histórico del pasteo no sería sino un registro experiencial siempre parcial del funcionamiento práctico de su movimiento. Registro móvil de sus fluctuaciones y huidas que se vuelven preguntas, problemas para el investigador transhumante que se ve situado, por propia opción, allí donde la radicalidad de la vida le tensiona en su identidad-devenida de investigador-participante, de investigador-amigo, de investigador-contradicción.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Barthes, R. 1978. *El placer del texto*. México: Editorial Siglo XXI.
- Braunstein, N. 1983. *Las pulsiones y la muerte* (collage). México: Editorial Siglo XXI.
- Deleuze, G. 1991. "Posdata sobre las sociedades de control". En: Ch. Ferrer, comp. *El lenguaje libertario: filosofía de la protesta humana*. Tomo II. Montevideo: Editorial Nordam'Comunidad, Colección Piedra Libre.
- Guattari, F. y S. Rolnick. 1986. *Micropolíticas. Cartografía do desejo*. Petrópolis (Brasil): Editorial Vozes.
- Ibáñez, J. 1993. "El discurso de la droga y los discursos sobre la droga". En: Jesús Ibáñez y otros. *Las drogadependencias. Perspectivas sociológicas actuales*. Madrid: Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología.
- Perlongher, N. 1991. "Los devenires minoritarios". En: Ch. Ferrer, comp. *El lenguaje libertario: filosofía de la protesta humana*. Montevideo: Editorial Nordam'Comunidad, Colección Piedra Libre.
- Rovati, P. A. 1990. "Transformaciones a lo largo de la experiencia". En: Rovati y Vattimo, comp. *El pensamiento débil*. Madrid: Editorial Cátedra, Colección Teorema.
- Schutz, A. 1973. *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Tironi, E. 1990. *Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile, 1973-1989*. Santiago: Ediciones SUR.